

## CAPITULO VIII

## El principio del fin

En tanto que estos graves acontecimientos ocurrían en tierra de Bari, Nápoles presenciaba otros no menos graves.

Macdonald, que reemplazó á Championnet, á pesar de sus grandes cualidades militares, carecía de la dulzura á que debió su popularidad el primero.

Anunciáronle un día que se habían sublevado los lazzaronis de Mercado Viejo, que habían desarmado la guardia nacional y que marchaban hacia el puerto para sublevar á los marineros.

Macdonald dijo á Miguel, que lo hacía jefe de legión y que le daría un uniforme más majó que el que llevaba, si apaciguaba la revuelta. Miguel montó á caballo y sin más armas que su palabra, desarmó á los revoltosos y les hizo volver á sus casas.

Los lazzaronis mandaron diputados á Macdonald pidiéndole el perdón de los culpables.

Macdonald cumplió á Miguel su promesa, nombrólo jefe de legión y le regaló un uniforme deslumbrante. Aquel día justamente se supo en Nápoles la pérdida de la batalla de Magnano, la retirada de los franceses y la pérdida de la línea del Mincio, y Macdonald recibió orden de incorporarse al ejército francés, que se retiraba ante el austro-ruso. Por desgracia no era libre en sus movimientos. Championnet había mandado una división francesa á la Pulla y otra á Calabria, y ya hemos visto el resultado de ambas expediciones; Broussier, Caraffa eran vencedores, pero Schipani estaba vencido.

En el momento en que Macdonald se disponía, con el mayor sigilo, á ejecutar la orden del Directorio, reuniendo sus soldados en Caserta so pretexto de que se relajaban con las delicias de Nápoles, se supo que 500 borbónicos y una columna inglesa, mucho más considerable, desembocaban por Castellamare protegidos por los cañones de Nelsón. Castellamare y el fuertecillo que lo defiende, donde sólo había treinta franceses, fueron ocupados sin resistencia. En cuanto lo supieron los campesinos de las inmediaciones, bajaron á la ciudad á unirse con los borbónicos é ingleses, y saquearon y exter-



minaron cuanto cayó en sus manos, incluso los treinta franceses que habían capitulado en el puerto.

Macdonald no quiso dejar á Nápoles sin probar á los realistas su superioridad, y al día siguiente marchó á Castellamare, del cual se apoderó, á pesar del fuego de los cañones de Trouvridge, dejó en el fuerte una guarnición de napolitanos, y volvió á Nápoles con tres estandartes, 7 cañones y 300 prisioneros. Después de esta victoria se volvió á Caserta so pretexto de las grandes maniobras con que debía adiestrar sus tropas.

El 6 de Mayo por la noche, mientras escribía á Trouvridge excitándole, en nombre de la humanidad, á consagrar sus esfuerzos á extinguir y no á encender la guerra civil, le anunciaron la visita del brigadier Salvato.

En la reconquista de Castellamare, Salvato hizo prodigios de valor apoderándose de cinco de los siete cañones y de una de las banderas cogidas al enemigo.

Al verle entrar, Macdonald le tendió la mano, diciéndole :

— Señor brigadier, no he tenido tiempo para felicitaros sobre el campo de batalla como lo merecáis; pero he pedido al Directorio para vos el nombramiento de general, y mientras llega manda-

réis la división del general Maurice, que está herido de gravedad.

Salvato se inclinó.

— Temo, general, le dijo, corresponder mal á vuestras bondades; pero en el caso en que, como se dice, fueseis llamado á la Italia central...

Macdonald miró fijamente al joven.

— ¿ Quién os ha dicho eso, señor? le preguntó.

— El coronel Mejean, sin ir más lejos, á quien he encontrado haciendo provisiones para el castillo de San Telmo, y que por cierto no me ha encargado el secreto al decirme que lo dejabais en el castillo con 500 hombres.

— Preciso es, replicó Macdonald, que ese hombre se crea muy bien sostenido para jugar con tales secretos, cuando expone su cabeza al revelarlos.

— Perdón, general; ignoraba esa circunstancia, que, á saberla, no os hubiera nombrado á Mejean.

— Está bien, ¿ y qué tenéis que pedirme para el caso en que marche á la Italia central ?

— Tenía que deciros, mi general, que como hijo de este desgraciado país, que abandonáis, quisiera quedarme en él ahora que necesitará de todas sus fuerzas contra la reacción. Dadme un mando cualquiera, por pequeño que sea, el del castillo del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1825 MONTERREY, MEXICO



Carmen, por ejemplo, así como habéis dado á Mejean el de San Telmo.

— Dejo á Mejean en San Telmo por orden del Directorio, pero no habiendo recibido ninguna respecto á vos no puedo cargar con la responsabilidad de privar al ejército de uno de sus mejores oficiales.

— Mi general, respondió Salvato con la misma firmeza con que le hablaba Macdonald, lo que me decís me desespera, porque estando convencido de la necesidad de mi presencia en Nápoles, y no pudiendo olvidar que soy napolitano antes que francés, me veré obligado á pedir os mi licencia absoluta.

— Aprecio tanto más vuestra posición, cuanto que si vos sois napolitano, yo soy irlandés, y si me encontrase en Dublín en circunstancias análogas á las en que os encontráis en Nápoles, el sentimiento de la patria se despertaría en mí y haría probablemente la misma petición que me estáis haciendo.

— ¿ De modo que me daréis la licencia, general? dijo Salvato.

— Sí, pero sólo por tres meses.

— Gracias, general, exclamó Salvato.

— En tres meses todo habrá concluído para Nápoles.

— ¿ Qué queréis decir?

— Es muy sencillo, respondió Macdonald triste-

mente. Dentro de tres meses, Fernando estará sobre el trono y los patriotas ahorcados ó proscritos. Durante estos tres meses consagrados á la defensa de vuestro país, Francia no verá lo que hacéis, y si lo ve, será probablemente para aplaudirlo. Si no os ahorcan ó no morís combatiendo, venid á ocupar vuestro puesto en el ejército.

— General, contestó Salvato, me concedéis más de lo que hubiera podido esperar.

— Porque sois de aquellos á quien nunca se concederá bastante. ¿ Tenéis algún amigo á quien confiar el mando interino de vuestra brigada?

— Mucho me agradaría ser reemplazado por mi amigo Villeneuve, pero...

Salvato vaciló.

— Pero, ¿ qué? replicó Macdonald.

— Villeneuve era oficial de ordenanza de Championnet, y esto acaso puede ser una mala recomendación.

— Para el Directorio, puede ser, pero para mí no hay más títulos de recomendación que el valor y el patriotismo, y en vos mismo tenéis la prueba, que erais ayudante de campo de Championnet. Escribid á vuestro amigo Mr. Villeneuve, y decidle que habiendo pedido para él el mando interino de vuestra brigada, yo me he apresurado á concedéroslo.



Así diciendo, el general indicó á Salvato el escritorio.

Salvato escribió con mano temblorosa de alegría algunas líneas á Villeneuve.

Iba á levantarse después de cerrar la carta, cuando Macdonald, poniéndole una mano sobre el hombro, se lo impidió diciéndole :

— Prestadme el último servicio.

— Mandad, mi general.

— Hacedme el favor de escribir en italiano la proclama que os voy á dictar.

Salvato hizo señal de que estaba pronto á escribir.

Macdonald se levantó cuan grande era, apoyó la mano en el respaldo del sillón del joven, y dictó :

« Nápoles, 6 de Mayo de 1799.

« Toda ciudad rebelde será quemada, y, sobre sus ruinas, pasará el arado. »

Salvato miró fijamente á Macdonald.

— Continúad, señor, le dijo éste tranquilamente.

Salvato le hizo seña que estaba dispuesto á continuar.

Macdonald continuó :

« Los cardenales, los arzobispos, los abades, en una palabra, todos los ministros del culto serán

considerados como fautores de la sublevación de las aldeas y ciudades en que se encuentren, y sufrirán la pena de muerte.

» Todo rebelde será castigado con la pena capital.

» Á la pérdida de la vida seguirá la confiscación de sus bienes. »

— Vuestras leyes son duras, general, dijo sonriendo Salvato.

— En apariencia, señor, respondió Macdonald, pues al publicar esta proclama, tengo otro objeto que vos ignoráis.

— ¿Cuál es ese objeto ? preguntó Salvato.

— Si quiere sostenerse la república va á verse obligada á desplegar grandes rigores, y ni aun así podrá salvarse. Pues bien, en caso de restauración, me parece que es bueno que los que hayan aplicado estos rigores puedan hacerlos recaer sobre mí. Por lejos que me halle de Nápoles, quizás podré hacerle un último servicio y salvaré la cabeza á algunos de sus hijos cargando sobre mí esta responsabilidad. Dadme la pluma, señor, dijo Macdonald.

Salvato se levantó y dió la pluma al general.

Éste firmó sin sentarse, y volviéndose hacia Salvato :

— Está, pues, convenido, dijo ; dentro de tres meses, si no os han matado ú hecho prisionero...



— Dentro de tres meses, general, estaré á vuestro lado.

— Al ir á daros gracias, el señor Villeneuve os llevará vuestra licencia.

Dió á Salvato un apretón de manos al despedirlo, y al día siguiente salió de Caserta con todo el ejército francés.

## CAPÍTULO IX

### La fiesta de la fraternidad

USANDO de la libertad temporal que le habían concedido, Salvato corrió, con poderes de su padre, y á riesgo de caer en manos de bandidos, al condado de Molice, de donde volvió con cuarenta mil ducados para organizar en Nápoles la legión de *voluntarios calabreses*.

En la bandera de la legión escribieron este lema :  
VENGARNOS, VENCER Ó MORIR.

Los calabreses de Salvato eran gente desesperada, cuyos padres ó parientes habían sido asesinados por los defensores de la fe.

Excitado por el ejemplo de Salvato, al menos en apariencia, el duque de Rocca-Romana salió de su harén de la bajada del gigante y obtuvo el permiso de organizar un regimiento de caballería.

Schipani reorganizó en dos legiones su derrotado ejército, dió el mando á Spano y se reservó el de la otra.



Abrital, por su parte, desempeñaba concienzudamente la misión que le había confiado el Directorio.

Puso el poder legislativo en manos de veinticinco ciudadanos, confió el ejecutivo á cinco, y á cuatro el ministerio. Entre los elegidos para aquellos peligrosos honores, que debían costar la vida á la mayor parte, se contaba nuestro amigo el doctor Cirillo.

Cuando le anunciaron el nombramiento dijo: « El peligro es grande, pero lo es aún más la honra. Sacrificaré por la República mi pobre talento, mis fuerzas y mi vida. »

Manthonnet trabajaba entretanto sin descanso en la reorganización del ejército, y al cabo de algunos días había improvisado uno dispuesto á salir al encuentro del cardenal, que sentían acercarse á cada instante.

Antes de que emprendieran la marcha sus soldados, el ministro de la guerra quiso ofrecer á la ciudad un espectáculo que sirviese para tranquilizarla y entusiasmarla al mismo tiempo. Anunció Manthonnet á los napolitanos la fiesta de la fraternidad.

El día señalado la ciudad se despertó al estruendo de campanas, cañones, tambores y clarines,

como acostumbraba hacerlo en sus más venturosos días.

La guardia nacional de á pie formó en batalla en la calle de Toledo, la de caballería en la plaza de Palacio, y la infantería de línea en la del Castillo.

Al rededor del árbol de la libertad dejaron un espacio libre y á diez pasos del árbol encendieron una hoguera.

Á las once de una hermosa mañana de Mayo, ventanas y balcones, ostentando banderas tricolores sobre las cabezas de las mujeres, que agitaban sus pañuelos á los gritos de viva la república, vióse llegar por la calle de Toledo un inmenso cortejo.

Marchaban los primeros los miembros del nuevo gobierno con Manthonnet á la cabeza.

Tras ellos venía la artillería y las tres banderas ganadas á los realistas y á los ingleses. Después un carro cargado con 500 ó 600 retratos del rey y de la reina, recogidos en toda la ciudad para ser quemados, y cerraban la marcha los prisioneros de Castellamare. Pero decimos mal, la plebe era quien cerraba la marcha siguiendo á los prisioneros á los gritos de: « ¡Mueran los *sanfedistas*! ¡mueran los borbónicos!»

El pueblo no comprendía que se sacase á los pre-



sos de la cárcel más que para exterminarlos.

Los prisioneros esperaban también un trágico fin y la mayor parte iba con la cabeza baja y llorando.

El general arengó al ejército recordándole sus deberes.

El orador del gobierno pronunció un discurso aconsejando el respeto á la propiedad y á la vida humana.

El ministro de hacienda se acercó después á la hoguera y arrojó en ella billetes de banco por valor de un millón de ducados, economía realizada por el gobierno de la república en dos meses. Después de los billetes tocó el turno á los retratos: todos fueron quemados á los gritos de: « ¡ Viva la república! »

Cuando llegó el turno de quemar las banderas, el pueblo las arrebató á los que las llevaban, las arrastró por el lodo y las hizo mil pedazos, que los soldados colocaron en las puntas de las bayonetas.

Aun quedaban los prisioneros.

Obligáronles á acercarse á la hoguera, agrupáronlos al pie del árbol de la libertad, y en el momento en que ellos esperaban la muerte, y el pueblo despedazarlos, gritó Manthonnet:

— ¡ Abajo las cadenas!

Inmediatamente las primeras señoras de la ciudad,

la duquesa de Pepoli, la de Canzano, la de Fusco y Eleonora Pimentel, en medio de los gritos, lágrimas y admiración de todo el mundo, corrieron á los prisioneros y ellas mismas quitaron las cadenas á aquellos 300 hombres, á los gritos mil veces repetidos de viva la república.

Al mismo tiempo otras señoras entraron en el círculo con vasos y botellas, y los prisioneros, tendiendo sus brazos hacia el árbol de la libertad, bebieron á la prosperidad y salud de los que habían sabido vencer... y lo que es más difícil, perdonar.

Aquella noche Nápoles se iluminó á *giorno*.

¡ Ay! era su último día de fiesta. Al día siguiente debía partir el ejército y empezaron sus días de luto.

Aquella gran fiesta concluyó con un triste episodio.

Á las tres de la tarde se supo que el duque de Rocca Romana se había pasado á los insurgentes con el regimiento de caballería que le habían autorizado á levantar para defender la república.

Una hora después, en la misma plaza del Castillo en que acababan de dar libertad á los prisioneros, su hermano, Nicolino Caracciolo, se presentaba con la cabeza baja, lleno de vergüenza y la voz temblorosa á declarar al directorio napolitano, que era tan grande á sus ojos el crimen de su hermano,



que venía á constituirse prisionero para que la república vengase en él la traición de un miembro de su familia. « Yo solo, decía, puedo lavar la mancha de la defección de mi hermano; y si la república me cree todavía digno de aprecio, autorízame á levantar un regimiento é iré á combatir á mi hermano el traidor. »

Unánimes aplausos acogieron la proposición del joven patriota. Concediéronle el permiso que pedía y el Directorio declaró que el crimen de su hermano era personal y que en nada lastimaba el honor de la familia.

Y en efecto, Nicolino organizó á sus expensas un regimiento de húsares, á cuyo frente, como bueno y leal patriota, tomó parte en los últimos combates de la república.

## CAPÍTULO X

### El rebelde

Una mañana se estremeció Nápoles al estruendo del cañón; sólo tres buques enemigos quedaban en observación en la bahía, entre ellos la *Minerva*, mandada en otro tiempo por Caracciolo y á la sazón por el conde de Turn.

La noticia de la aparición de una escuadra francesa en el Mediterráneo había llegado á Nápoles, y Eleonora Pimentel anunció en el *Monitor* que venía al socorro de la República.

Caracciolo, que había de la mejor buena fe aceptado la república, decidió aprovecharse de la ausencia de la mayor parte de la escuadra inglesa para apoderarse de las islas, que Speciale había ya cubierto de horcas.

Escogió un hermoso día de Mayo, en que la mar estaba tranquila, salió de Nápoles protegido por las baterías de Baía y de Miniscola, é hizo atacar



el ala izquierda de la escuadra inglesa, mientras él acometió al conde de Turn. Desgraciadamente el viento era sud-oeste, lo que contrariaba el movimiento de las lanchas cañoneras y de los pequeños buques de la república. Dos veces se acercó Caracciolo á la *Minerva* sin poderla abordar, y su ala izquierda estaba á punto de apoderarse de la isla Prócida, cuando el viento, convirtiéndose en huracán, obligó á la escuadrilla napolitana á retirarse.

Aquel combate, presenciado por toda la población de Nápoles, honró á Caracciolo y fué considerado como un triunfo para su gente de mar, aunque en realidad sólo fué una escaramuza; pero como era indispensable hacer creer que podía lucharse contra los ingleses, se le dió grande importancia.

Cuando la noticia llegó á Palermo, sirvió para aumentar el odio que la reina le profesaba á Caracciolo, y perderlo completamente en la opinión del rey, que desde entonces no pudo menos de considerarlo como rebelde. El gobierno republicano dió públicamente las gracias al almirante y á sus marineros, recompensólos espléndidamente, y les ofreció un banquete nacional á ellos y sus familias en la plaza Nacional, antes del Castillo. Durante el banquete abrióse una subscripción nacional para construir nuevos buques de guerra.

En efecto, desde aquel momento, Caracciolo era verdaderamente un rebelde, que había hecho fuego contra el pabellón de su soberano.

Por lo demás, satisfecho de la tentativa que había hecho con su naciente marina, el gobierno republicano votó acciones de gracias para Caracciolo, mandó dar cincuenta ducados á cada viuda de los marineros muertos durante la batalla, ordenó que sus hijos fuesen adoptados por la patria y recibiesen la misma paga que recibían sus padres.

Luisa no se presentaba en ninguna de estas fiestas patrióticas, banquetes y asambleas. Había dejado de frecuentar el salón de la duquesa Fusco, y permanecía encerrada en su casa. Su único deseo era que la olvidasen.

Además, un remordimiento rofale el corazón. La acusación formulada contra los Backer, acusación que se le atribuía, el arresto que la había seguido, la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de un hombre que se había perdido por amarla mucho, eran para ella, puesto que se encontraba sola con su pensamiento, eterno objeto de tristeza y de lágrimas.

Ya hemos dicho que se había hecho el último esfuerzo y se habían armado, para marchar contra los sanfedistas, todos los patriotas sinceros.



Pero la retirada de los franceses había dado un golpe terrible á la república. Reducido á su cuerpo de napolitanos, Héctor Caraffa, el héroe de Andria y de Trani, era demasiado débil para resistir á los numerosos enemigos que le rodeaban, y se había encerrado en Pescara, donde lo cercaba Pronio.

Benetti, antiguo oficial borbónico, nombrado jefe de brigada, había sido derrotado por Fra-Diávolo y por Mammone, y vuelto herido á Nápoles.

Schipani, con su nuevo ejército reorganizado, más ó menos bien, había sido atacado y vencido por las poblaciones de la Cava de Castellamare y de las aldeas vecinas, y no había logrado rehacerse sino detrás de Torre del Greco.

Finalmente, Manthonnet, que marchaba contra Ruffo, no pudo llegar hasta él; estrechado por las poblaciones, amenazada su retaguardia por los sanfedistas, vióse obligado á retroceder sin haber pasado de la tierra de Bari.

Estas eran las noticias que llegaban á Salvato, encargado de guardar á Nápoles con su legión calabresa.

Aquel difícil cargo le había sido conferido por la confianza que le merecía su firmeza y su acreditado valor, y á pesar de los peligros que llevaba consigo, lo prefería á cualquier otro, porque le

permitía estar cerca de Luisa, verla y consolarla. Miguel, como jefe del pueblo, le servía de mucho. Había aceptado la república por agradecimiento y la defendía por convicción.

San Gennaro acostumbraba desde tiempo inmemorial hacer dos milagros al año, sin contar los extraordinarios, que no entran en cuenta, y los hacía todos los años en el mismo día. Uno de estos días se aproximaba, y todo el mundo estaba en duda de si el santo bendito haría un desaire á la república, al verla abandonada por los franceses y amenazada por los realistas, después de haberse manifestado tan favorable al nuevo régimen, cuando la fortuna lo sonreía.

En verdad, la posición del santo era asaz delicada, y el porvenir de su popularidad dependía de adivinar quién sería el vencedor. Todas las otras preocupaciones políticas se abandonaron por el momento, para no pensar más que en el santo y su milagro.

Encargado del orden público de Nápoles, Salvato dispuso estratégicamente sus calabreses, de manera que dominasen la asonada: pero abandonó el santo á su libre arbitrio; aunque puede ser que no le hubiera disgustado acabar de una vez con el partido reaccionario, que veía más agitado que nunca.



Advirtióle Miguel que la contrarrevolución debía de estallar el día del milagro, á cuyo efecto tenían preparada una conjuración semejante á la de Backer.

Al instante tomó sus medidas : mandó á Miguel que pusiera su gente sobre las armas. Tomó 500 de sus lazzaronis y uniéndolos á 1.000 calabreses, les encargó la defensa de los barrios aristocráticos; dando á Miguel 1,000 calabreses para que los uniera á los lazzaronis, le confió la guarda de los barrios populares. La reacción, sin embargo, no dió señales de vida. No obstante, al salir el sol, aparecieron la puertas de más de mil casas marcadas con una cruz encarnada.

Aquellas casas eran las condenadas al saqueo.

Sobre las puertas de otras 300 ó 400 casas, había un punto negro sobre la cruz.

Estas eran las destinadas al degüello.

Estas amenazas de guerra á muerte, lejos de amedrentar á Salvato, excitaron su valor, que crecía con los obstáculos.

El Directorio mandó que, á petición de Salvato, todos los ciudadanos capaces de llevar las armas entrasen en la guardia civil, excepto los lazzaronis. Todos los empleados, menos los miembros del Directorio, debían permanecer en sus puestos, y

dos de los cuatro ministros se alistaron también en la milicia para dar el ejemplo.

El gobierno concedió á Salvato plenos poderes para comprimir la sedición y éste empezó su dictadura arresando á más de mil personas, y entre ellas un hermano del cardenal Ruffo. Encerró á 300 de las principales en los castillos del Huevo y minó ambas fortalezas con orden de volarlas con los prisioneros que contenían cuando ya no hubiese medio de defenderlas. Hizo además circular la noticia de haber minado la ciudad por diversos puntos, para que comprendieran los reaccionarios que si el cardenal Ruffo se empeñaba en entrar en Nápoles, sólo encontrarían bajo las ruinas de la ciudad los cadáveres de amigos y enemigos.

Por último, hizo armar todas las sociedades patrióticas, que nombraron sus oficiales, y eligieron por jefe á un bravo coronel suizo llamado Writz que estuvo antes al servicio de los Borbones, pero en cuya palabra podía fiarse.

Entretanto se acercaba el día del milagro, y la ansiedad con que se le esperaba era común á uno y otro bando.

¿Tendremos necesidad de describir la angustia que oprimía el corazón de la pobre Luisa que sólo



vivía por Salvato, cuya vida estaba expuesta á tantos peligros?

—Tranquilízate, querida Luisa, solía decirle el joven patriota. La mayor prudencia posible en Nápoles es el valor.

Aunque Luisa no salía de casa hacía ya tiempo, desde el amanecer del día del milagro se fué á la iglesia de Santa Clara. La instrucción no había podido extinguir en ella la superstición napolitana: Luisa creía en San Gennaro y en su milagro.

Orando por el milagro oraba por Salvato.

Afortunadamente San Gennaro le dió gusto. Apenas el Directorio, la asamblea y los demás funcionarios, vestidos de gala, estuvieron en la iglesia y la milicia y el ejército formados en columna á la puerta, el santo hizo el milagro.

Decididamente, San Gennaro era siempre buen jacobino.

Luisa volvió á su casa bendiciendo al santo y más convencida que nunca de su milagroso poder.

## CAPÍTULO XI

### De qué elementos se componía el ejército católico de la Santa Fe

RECORDARÁ el lector que hemos dejado al cardenal en Altamura. Después de un alto de catorce días, el 24 de Mayo se puso en marcha.

Permita el lector al autor de estas líneas detenerse un momento á referir un episodio por el cual la historia de su familia se mezcla á la de Nápoles.

Recibió en Altamura el cardenal una carta del sabio Dolomieu, fechada en Brindis, en cuya fortaleza estaba prisionero, con los generales Masecourt y Alejandro Dumas, mi padre.

He aquí cómo había ocurrido el suceso.

Habiéndose indispuerto con Bonaparte, mi padre pidió y obtuvo permiso para volver á Francia, y en efecto, el 9 de Marzo de 1799, fletó un buquecillo en Alejandría, en el que ofreció pasaje á sus dos amigos ya citados, y tomaron la vuelta de Francia.



El buque era maltés : viajaban bajo pabellón neutral. Llamábase Félix el capitán, dijo que su buque necesitaba algunas reparaciones, que los expertos apreciaron en sesenta luisas. El señor Félix recibió cien, anunció que la carena estaba hecha y se hicieron al mar en esta confianza.

El capitán los había engañado.

Á cuarenta leguas de Alejandria, el barco empezó á hacer agua y como el viento era contrario fué imposible volver al punto de partida. Resolvióse continuar el viaje corriendo el tiempo á todo trapo, pero, al tercer día la situación era desesperada.

Emperaron por echar al agua los cañones que llavaba para su defensa; después nueve caballos árabes del general Dumas, el cargamento, que era de café, y por último hasta los baúles de los pasajeros.

Á pesar de todo, el barco se sumergía, hallábase á la entrada del Adriático y pusieron la proa en busca de Tarento.

Al décimo día, vieron tierra y ya era tiempo : veinticuatro horas más y el buque se sumergía. Ignoraban los viajeros que Nápoles estuviese en guerra con Francia.

Fondearon en un islote situado á una legua

de Tarento, desde donde mi padre mandó el patrón á la ciudad para que expusiera al gobernador la desgracia que les ocurría y les mandase auxilios.

El patrón les llevó una respuesta verbal del gobernador para que desembarcasen con toda confianza; y en efecto, media hora después desembarcaron y fueron escrupulosamente registrados, encerrados en una prisión y tratados como prisioneros de guerra.

Á los tres días trasladaron á los tres prisioneros Dolomieu y los generales Masecourt y Dumas á una habitación separada.

Entonces fué cuando Dolomieu en su nombre y el de sus compañeros escribió al cardenal quejándose de la violación del derecho de gentes y de la traición de que habían sido víctimas. El cardenal respondió que sin discutir el derecho que tenía el rey de Nápoles para guardar á los prisioneros, ponía en su conocimiento que le era imposible concederle pasaje por tierra, porque no podría impedir que fuesen asesinados al atravesar la Calabria sublevada contra los franceses; que no podía mandarlos por mar sin consentimiento de los ingleses, y que todo lo que podía hacer era ponerlo en conocimiento del rey y de la reina.



Añadía, por vía de consejo, que invitaba á los dos generales á tratar con los generales en jefe de los ejércitos de Nápoles y de Italia, su canje, con el coronel Bochechiampe, prisionero de los franceses, añadiendo que el rey Fernando hacía más caso del señor Bochechiampe solo, que de todos los otros prisioneros.

Entabláronse negociaciones al efecto, pero pronto se supo que Bochechiampe había muerto de sus heridas.

Un mes después los dos generales prisioneros fueron encerrados en el castillo de Brindis; y en cuanto Nápoles volvió á caer bajo las garras reales, Dolomieu fué conducido á una de sus cárceles, donde lo trataron con no menos rigor que á sus compañeros de infortunio.

Un día que su calabocero se negaba á darle lo que le pedía, el ilustre sabio le dijo:

—Mira lo que haces, porque con tales tratamientos no me quedan muchos días de vida.

—¿Qué me importa? respondió el otro, no debo cuenta más que de vuestros huesos.

Á instancias de Bonaparte, vencedor en Marengo, le dejaron volver á Francia, donde murió apenas llegado.

Dos días después de su llegada al castillo de

Brindis, hallándose el general Dumas en su lecho, le arrojaron un paquete por la ventana.

El prisionero se levantó y recogió el paquete: éste se hallaba atado con un cordel, cortólo y vió que se componía de dos volúmenes.

Estos dos volúmenes llevaban por título: EL MÉDICO DEL CAMPO, por TISSOT.

Un pedazo de papel colocado entre la primera y la segunda página contenía estas palabras:

« *De parte de los patriotas calabreses. Véase la palabra VENENO.* »

El general Dumas buscó la palabra indicada, que estaba subrayada dos veces.

El prisionero comprendió que su vida se hallaba amenazada. Ocultó los dos volúmenes; pero leyó y releyó con harta frecuencia el artículo recomendado para aprender de memoria los remedios aplicables á los diversos géneros de envenenamientos que podían intentar contra él.

Ya publiqué en mis MEMORIAS una relación del cautiverio del general Dumas, escrita por él mismo.

Canjeado, después de nuevas tentativas de envenenamiento, contra el general Mack, el mismo que hemos visto figurar en esta historia, vino á morir á Francia de un cáncer en el estómago.

En cuanto al general Masecourt, envenenado por



medio del tabaco, se volvió loco y murió en la prisión.

Aunque este episodio no tenga más que una relación indirecta con nuestra historia, lo hemos citado como digno de figurar en el tercer plano de nuestro cuadro.

Al llegar á Spinazzola, el cardenal Ruffo recibió aviso de que cuatrocientos cincuenta rusos habían desembarcado en Manfredonia, á las órdenes del capitán Baillie.

Los rusos llevaban consigo once piezas de artillería.

El cardenal escribió al instante para que esta tropa, que por pequeña que fuese, representaba y comprometía en la lucha un grande imperio, no careciera de nada, y fuese recibida con todas las consideraciones debidas á los soldados del czar Pablo I.

En la tarde del 29 de Mayo, el cardenal llegó á Melfi en donde hizo alto para celebrar la fiesta de San Fernando y dejar descansar un día su ejército. La Providencia quiso que para hacer la fiesta más brillante, se presentase repentinamente en Melfi el capitán Achmeth, expedido de Corfú por Kad-Bey, portador de cartas del comandante de la escuadra otomana, anunciando que el gran visir había dado

orden de auxiliar al rey de las Dos Sicilias, aliado de la Sublime Puerta, con todas las fuerzas de que pudiese disponer. Venía á preguntar si era fácil desembarcar en la Pulla algunos miles de hombres, para hacerlos marchar, unidos á los rusos, contra los patriotas napolitanos.

La Providencia, á fuerza de favorecer al cardenal, lo favorecía demasiado. Aunque su educación romana lo tuviese exento de preocupaciones, hacía marchar, no sin vacilar, la cruz de Jesús al lado de la media luna de Mahoma, sin contar á los herejes ingleses y á los cismáticos rusos.

El cardenal respondió, pues, que este auxilio sería útil frente á Nápoles, en caso de que la rebelde ciudad se obstinara persistiendo en su rebelión; pero añadía que el camino por tierra era largo é incómodo, que al contrario todo era fácil si los turcos adoptaban la vía del mar y se dirigían de Corfú al golfo de Nápoles, para lo que necesitaban pocos días, sobre todo en el mes de Mayo, el más propicio para la navegación del Mediterráneo. La escuadra turca podría detenerse de paso en Palermo y combinarlo todo con el admirante Nelsón y el rey Fernando.

Dióse esta respuesta al embajador, á quien invitó á comer el cardenal. Pero en esto se presentó otro



obstáculo ó más bien otro embarazo. Los oficiales turcos del séquito del capitán Achmeth no bebían ó no debían beber vino. El cardenal había tenido la idea de vencer la dificultad ofreciéndoles aguardiente; pero los turcos, sabiendo de lo que se trataba, obviaron á esta dificultad más sencillamente diciendo que, puesto que venían á defender á los cristianos, podían beber vino como ellos.

Gracias á esta infracción de las prescripciones de Mahoma, la comida estuvo muy alegre y se pudo brindar á la vez por la salud del sultán Selín y la del rey Fernando.

El 31 de Mayo, al amanecer, el ejército sanfedista partió de Melfi, atravesó el Ofanto y llegó á Ascoli, en donde Su Eminencia recibió al capitán Baillie, irlandés, que mandaba á los rusos, los cuales, en número de 450, habían llegado á Montecalvello, en donde se habían instalado en un campo atrinchado, á que dieron el nombre de fuerte de San Pablo.

Al momento se reunió un consejo, y se convino en que el comandante Baillie volvería al instante á Montecalvello y que el coronel Carbone, con tres batallones de línea y un destacamento de cazadores calabreses, serviría de vanguardia á los rusos. Un comisario especial, llamado Apa, recibió la misión

de cuidar de los víveres, con especial encargo de que los buenos aliados del rey Fernando no careciesen de nada.

Por su parte, el comandante Baillie dejó en el puente de Bovino, á donde debía llegar el cardenal el 2 de Junio, una escolta de 30 granaderos rusos para que le sirvieran de guardia de honor. Apeóse el cardenal en el palacio del duque Bovino, donde encontró al barón D. Luis de Riseis, que salía á recibirlo como ayudante de campo de Pronio.

Era la primera vez que el cardenal recibía noticias exactas de los Abruzzos.

Su Eminencia transmitió á los realistas calabreses por conducto de D. Luis, la orden de poner cerco á Pescara, donde se había encerrado el conde de Ruvo, y si le sobraba gente, dirigirla sobre Nápoles, en combinación con la suya.

La Tierra de Labor estaba dominada por Mamone, á quien el rey escribía *mi querido general y amigo*, y por Fra-Diávolo, que recibía de la reina una sortija con sus iniciales y un rizo de sus cabellos.